

Acerquéme á los infelices, y les ví de todas clases: unos mutilados, otros entecos, demacrados y andrajosos los más, y todos chillones, desenfadados, resueltos, como si la mendicidad, más que desgracia, fuese en ellos un oficio, y gozasen, á falta de rentas, del fuero inalienable y sagrado de pedir al resto del humano linaje. Salió el lego con el calderón de bazofia, y allí era de ver cómo se empujaban y revolvían unos contra otros, disputándose la vez, y con qué bríos y con qué altivo lenguaje alargaban el cazuelillo. Repartía el cogulla á diestro y siniestro golpes de cuchara, y ellos se aporreaaban para quitarse la ración, y entre manotadas y coces iban logrando la parte correspondiente, para retirarse después á un rincón, donde pacíficamente se lo comían.

Yo les miraba con lástima, cuando divisé en el hueco de una puerta una figura que me hizo quedar perplejo y aturdido. No creyendo á mis ojos, la miré y remiré, sin convencerme de que era realidad lo que ante mí tenfa. El mendigo que así llamaba mi atención (pues mendigo era) vestía con los andrajos más desgarrados, más rotos, más sucios y extravagantes que darse puede. Aquel vestido no era vestido, sino una informe hilacha que se deshacía al compás de los movimientos del individuo. La capa no era capa, sino un mosaico de diversas y descoloridas telas; pero tan mal hilvanadas, que el aire se entraba por las mil puertas, ventanas y rejas, obra de la tosca aguja. Su sombrero no era sombrero, sino un

mueble indefinido, una cosa entre plato y fuelle, entre forro y cojín vacío; y por este estilo las demás prendas de su cuerpo anunciaban el último grado de la miseria y abandono, cual si todas hubiesen sido recogidas entre aquello que la misma mendicidad arroja de sí; materias que se devuelven á la masa general de lo inorgánico, para que de nuevo tomen forma en las revoluciones del universo.

También me causó sorpresa ver el garbo con que el hi... de mala mujer se terciaba la capita, y echaba sobre la ceja el sombreroete, y guiñaba el ojo á los compañeros, y decía donaires al buen lego. Pero ¡ay! lo que más que traje y sombrero me asombró, dejándome lelo delante de tan esclarecido concurso, fué la cara del mendigo; sí, señores, su cara, porque sepan ustedes que era la del mismísimo Lord Gray.

XXII

Creí soñar; le miré mejor, y hasta que no me llamó saludándome, no me atreví á hablarle, temiendo padecer una equivocación.

—No sé, Milord—le dije,—si debo reirme ó enfadarme de ver á un hombre como usted con ese traje y llenando su escudilla en la puerta de un convento.

—El mundo es así—me respondió.—Un día arriba y otro abajo. El hombre debe re-

correr toda la escala. Muchas veces paseando por estos sitios, me detenía á contemplar con envidia la pobre gente que me rodea. Su tranquilidad de espíritu, su carencia absoluta de cuidados, de necesidades, de relaciones, de compromisos, despertaron en mí el deseo de cambiar de estado, probando por algún tiempo la inefable satisfacción que proporciona este eclipse de la personalidad, este verdadero sueño social.

—Es verdad, Milord, que tan descomunal extravagancia no la he visto jamás en ningún inglés ni en hombre nacido.

—Parece esto una aberración—me dijo.— La aberración está en usted y en los que de ese modo piensan. Amigo, aunque parezca contradictorio, es cierto que para ponerse encima de todo lo creado, lo mejor es bajar aquí donde yo estoy... Lo explicaré mejor. Yo tenía la cabeza loca del ruido de los martillos de Londres, y venía maldiciendo la ingrata tierra en que el hombre para poder vivir necesita hacer clavos, bisagras y cacerolas. ¡Bendita tierra ésta, donde el sol alimenta y donde lleva la atmósfera en su inmensa masa ignoradas substancias!... Mi cuerpo se rebela hace tiempo contra los repugnantes bodrios de nuestros cocineros, inmundos envenenadores del humano linaje. Yo sentía tiempo há profundo rencor hacia los sastres, que serían capaces de ponerle casaquín, chupa y corbata al Apolo de Fidias si se lo permitieran. Yo experimentaba profunda aversión hacia las casas y ciudades, que, según vamos viendo en nuestra

graciosa época, sólo sirven para que se luzcan y diviertan los artilleros destruyéndolas. Yo detestaba cordialmente la sociedad de los hombres de hoy, compuesta de multitud de casacas que hacen cortesías, y dentro de las cuales suele haber la persona de un hombre. Me horrorizaba al oír hablar de naciones, de políticas, de diferencias religiosas, de guerras, de congresos; invenciones todas de la necedad humana, que al mismo tiempo que ha establecido leyes, estados, privilegios, dogmas, ha inventado cañones y fusiles para destruirlo todo. Yo detestaba los libros que se han creado para muestra de que no hay en todo el mundo dos hombres que piensen de la misma manera, y que nacieron en manos de un artesano, como en manos de un fraile la pólvora, otra especie de libro que habla más alto, pero que tampoco dice nada que no sea confusión.

Lord Gray se expresaba con exaltado acento. Tomé su mano y advertí que quemaba.

—Ví luego este país bendito, y mi agitado pensamiento descansó contemplando esta suprema estabilidad, este profundo reposo, este sueño benéfico de la sociedad española. Mis ojos se deleitaron contemplando en la inmensidad de la tierra las siluetas de los grandes conventos, á cuyo amparo protector un pueblo, á quien todo se lo dan hecho, puede escapar su gran fantasía por los espacios de lo soñado, y buscar lo ideal en la única región donde existe, sin cuidarse de desempeñar papeles más ó menos difíciles en la sociedad; sin

cuidarse de su persona, ni de los molestos accidentes del escenario humano, que se llaman posición, representación, nombre, fortuna, gloria... Quise saciar mi ardiente anhelo de conocer este beatífico estado, y aquí me tiene usted en él. Amigo mío, durante dos días he vivido tan lejos de la sociedad, cual si me hubiera transportado á otro planeta; he podido apreciar la rara hermosura de un día de sol, la pureza del ambiente, la profunda melancolía de la noche, mar donde el pensamiento navega á su antojo sin llegar jamás á ninguna orilla; he experimentado la indecible satisfacción de que centenares de hombres con cascaca, entorchados y sombreros de distintas formas, pero todos más feos que los que en Egipto ponen al buey Apis, pasen juntos á mí sin saludarme; he conocido el purísimo deleite de ver pasar los minutos, las horas, los días, cual cortejo de dulces sombras que llevan en sus suaves manos la vida, á la manera de aquellas deidades hermosísimas que pintaron los antiguos, transportando en sus brazos las almas de los justos al cielo; he saboreado las delicias de no ir á ninguna parte deliberadamente, de sentir mis hombros libres de toda obligación, de no sentir en mi pensamiento ese hierro candente cuya quemadura significamos en el lenguaje con la palabra *después*, y que encierra un mundo de deberes, de ocupaciones, de molestias sin fin.

Después de una breve pausa, prosiguió así:

—Esta gente que me rodea tiene las mismas pasiones que las de allá arriba; pero no disi-

mula nada. Es una ventaja. Prendas diversas les caracterizan; pero aquí todo es abrupto y primitivo, como las rocas, donde no ha golpeado aún el martillo del hombre para labrar un camino. Los hay más crueles que Gloucester, más mentirosos que Walpole, más orgullosos que Cromwell, más poetas que Shakespeare, y casi todos son ladrones. Yo me deleito con la salvaje manifestación de sus pasiones, y me finjo ignorante de sus truhanerías. Aquel viejo que allí se ve haciendo cruces encima de la escudilla, me ha robado todos los doblones de oro que yo llevaba en mi bolsillo. Juntos pasábamos largas horas por las noches en la muralla. El me contaba vidas de santos españoles; yo fingía dormitar emblesado por los místicos encantos de su relato, y entonces metía bonitamente sus manos en mi bolsillo para sacarme el dinero. Yo lo observaba y callaba, gozándome en su avariciosa concupiscencia, como se goza viendo un abismo, una tempestad, un incendio ó cualquier aparente desorden de la Naturaleza. Aquellos gitanos que están allí rezando el rosario, me han entretenido dulcemente contándome sus ingeniosas maneras de robar. Amigo mío: aquí también hay una especie de alta sociedad, y se pasa el rato alegremente en conciertos, fiestas y representaciones. Los romances moriscos que recita aquella vieja que parece exacto traslado de la Tía fingida, y en efecto lo es, han producido en mí mayor sensación que las fanfarronadas de todos los cómicos modernos. Hay allí una muchacha cie-

ga, á quien llaman la Tiñosa, la cual canta el jaleo y el ole con tanto primor, que oyéndola he sentido emociones dulcísimas y me he transportado á las últimas, á las más remotas regiones de lo ideal. Aquellos niños cojos y mancos, en cuyos grandes ojos negros parece centellear el genio del gran pueblo que guerreó durante siete siglos con los moros, y descubrió, conquistó y dominó regiones y continentes hasta que ya no había más mundo para saciar su ambición; aquellos niños, digo, son la más graciosa pareja de pilletes que he visto en mi vida, y cuanta sal, ingenio y travesura ha derramado la Naturaleza en granujas de Madrid, léperos de Méjico, lazzaronis de Nápoles, lipendis de Andalucía, pilluelos de París, *pic-pockets* de Londres, es nada en comparación de su gran ciencia. Si les educaran, es decir, si les corrompieran torciendo el natural curso de sus instintos, yo quisiera ver dónde se quedaban Pitt, Talleyrand, Bonaparte, y todos los grandes políticos de la época.

—Amigo—le dije sin poder reprimir mi enfado,—me da compasión verle á usted entre esta desgraciada gente, y más aún oírle encomiar su triste estado.

—No parece sino que nosotros somos mejores que ellos. ¡Ah! Desde que hay en España filósofos y políticos charlatanes, y escritores con pujos de estadistas, se ha empezado á declarar ominosa guerra á éstos mis buenos amigos, lo mismo que á los salteadores de caminos, que no son otra cosa que una protesta viva contra los privilegios de los cosecheros;

á los buenos frailes, que son la piedra fundamental de esta armonía envidiable, de este sistema benéfico en que todos viven modestamente sin molestarse unos á otros.

Esto decía, cuando una vieja que acababa de llenar su escudilla, llegóse á nosotros, y después de pedirme una limosna, que le dí, puso la descarnada mano en el hombro del par de Inglaterra, y cariñosamente le dijo:

—Niñito querido, ¡qué buenas nuevas te traigo esta tarde! Alégrate, picarón, y escupe otra moneda amarilla, otro pedazo de sol como el que ayer me diste en premio de mis desinteresados servicios.

—¿Qué me cuentas, tía Alacrana, espejo de las busconas?

—A mí no se me han de decir esos feos vocablos. ¿Pues qué? ¿Acaso en mi vida he hecho algo que tenga olor de alcahuetería? Aquí donde me ven, yo, Doña Eufrosia de Hines-trosa y Membrilleja, soy muy principal, y mi difunto fué empleado en la renta del Noveno y el Excusado. Pero vamos á lo que importa.

—¿Fuiste allá, brujita mía?

—Por séptima vez. ¡Y qué buena que es mi Doña María! Hemos brindado juntas muchos *paternoster*, á modo de copas de vino, en esta iglesia del Carmen, y en obsequio de nuestros respectivos difuntos. Señora más enseñada no la hay en todo Cádiz. En generosidad no; pero en principalidad se monta por encima de cuanta gente conozco, que es medio mundo. Me da algunos ochavos y lo que sobra de la olla, que es (dicho sea sin incurrir en el

feo vicio de la murmuración) bien poco substancial. Me ha comprado algunas crucecitas de los Padres mendicantes y algunos huesecillos benditos para hacer rosarios. Hoy le llevé mi comercio, y la noble señora hizo que le contara mi historia; y como ésta es de las más patéticas y conmovedoras, lloró un tantico. Después, como ella saliera de la sala para ir á sus quehaceres, quedéme sola con las tres niñas, y allí de las mías. En cuarenta años de piadoso ejercicio en este ajeteo de ablandar muchachas, avivar inclinaciones y hacer el recado, ¿qué no habré aprendido, niñito mío; qué trazas no tendré, qué maquinaciones no inventaré, y qué sutilezas no me serán tan familiares como los dedos de la mano? Así es que si me hallo con bríos para pegársela al mismo Satanás, de quien estos pícaros dicen que soy sobrina carnal, ¿cómo no he de poder pegársela á Doña María, que, aunque principala, se deja embobar por un credo bien rezado y por una parla sobre la gente antigua, siempre que cuide uno de adornar el rostro con dos lagrimones, de cruzar las manos y mirar el techo, diciendo: «¡Señor, líbranos de las maldades y vicios de estos modernos tiempos!»

—Tu charlatanería me enfada, Alacrana.

¿Qué recado me traes?

—¿Qué recado? Tres días de santa conferencia he empleado, mi niño. ¿Qué ha de hacer la pobrecita? Creo que está dispuesta á echarse fuera y huir contigo á donde quieras llevarla. Para entrar en la casa y en el sagrado tabernáculo de su alcoba, ya tienes las lla-

vecitas que has forjado por el molde de cera que te traje. ¡Oh, dichoso, mil veces dichoso niño! Ya sabes que la Doña María duerme en aquella alcobaza de la derecha, y las tres niñas en un cuarto interior. La sala y dos piezas más separan un dormitorio de otro: no hay peligro ninguno.

—¿Pero no te ha dado recado escrito ó de palabra?

—Me lo ha dado, sí, señor; á fe que es la niña poco cortés para no contestarte. En esta hoja de libro que aquí traigo, marca, apunta y especifica el día, hora y punto en que caerá en los brazos de este haraposito la más...

—Calla y dame.

—Paciencia. Hoy me ha dicho Doña María que tiene un dormir tan profundo como el de los muertos. Eso prueba una conciencia tranquila. ¡Dios la bendiga!... Ahora, para darte el documento, deja caer sobre mí el rocío de esas monedas de oro que me fueron prometidas.

Lord Gray dió varias monedas á la vieja, recogiendo luego un papel que guardó en el seno. Después se levantó, dispuesto á partir conmigo.

—Vámonos—le dije,—ó estrangulo á esa maldita bruja.

—Es una respetable señora esta Doña Eufasia—me contestó con ironía.—Admirable tipo que hace revivir á mi lado la incomparable tragicomedia de Rodrigo Cota y Fernando de Rojas.

Y luego, volviéndose hacia la miserable turba, con voz entre grave y burlona le dijo:

—Adiós, España; adiós, soldados de Flan-

des, conquistadores de Europa y América, cenizas animadas de una gente que tenía el fuego por alma y se ha quemado en su propio calor; adiós, poetas, héroes, autores del Romancero; adiós, pícaros redomados que ilustráis Almadras de Tarifa, Triana de Sevilla, Potro de Córdoba, Vistillas de Madrid, Azoguejo de Segovia, Mantería de Valladolid, Perchel de Málaga, Zocodover de Toledo, Coso de Zaragoza, Zacatín de Granada y lo demás que no recuerdo del mapa de la picaresca. Adiós, holgazanes que en un siglo habéis cansado á la historia. Adiós, mendigos, aventureros, devotos, que vestís con harapos el cuerpo y con púrpura y oro la fantasía. Vosotros habéis dado al mundo más poesía y más ideas que Inglaterra clavos, calderos, medias de lana y gorros de algodón. Adiós, gente grave y orgullosa, traviesa y jovial, fecunda en artificios y trazas, tan pronto sublime como vil, llena de imaginación, de dignidad, y con más chispa en la mollera que lumbre tiene en su masa el sol. De vuestra pasta se han hecho santos, guerreros, poetas y mil hombres eminentes. ¿Es ésta una masa podrida que no sirve ya para nada? ¿Debéis desaparecer para siempre, dejando el puesto á otra cosa mejor, ó sois capaces de echar fuera la levadura picaresca, oh nobles descendientes de Guzmán de Alfarache?... Adiós, Sr. Monipodio, Celestina, Garduña, Justina, Estebanillo, Lázaro, adiós.

Indudablemente Lord Gray estaba loco. Yo no pude menos de reír oyéndole, en lo cual me imitaron los pilletes á quienes se dirigía, y

pensé que las ideas expresadas por él eran frecuentes entre los extranjeros que venían á España. Si eran exactas ó no, mis lectores lo sabrán.

—Amigo—me dijo el Lord,—uno de los placeres más halagüeños de mi vida es pasar largas horas entre las ruínas.

Marchábamos despacio por la muralla adelante hacia las Barquillas de Lope, cuando encontramos á dos Padres del Carmen que volvían apresuradamente á su casa.

—Adiós, Sr. Advíncula,—dijo Lord Gray.

—¡San Simeón bendito!—exclamó perplejo uno de los frailes.—¡Es Milord! ¡Quién le había de conocer en semejante traje!

Uno y otro carmelita rieron á carcajada tendida.

—Voy á soltar el manto real.

—Creíamos que Milord se había marchado á Inglaterra.

—Y me alegré, sí, señor, me alegré—dijo el más joven,—porque no quiero compromisos, y Milord me está comprometiendo. Acabáronse las condescendencias peligrosas.

—Bueno,—dijo Gray con desdén.

El más anciano preguntó:

—¿Entró al fin Milord en el seno de la Iglesia católica?

—¿Para qué?

—Ese traje—dijo Fray Pedro de Advíncula con sorna,—indica que Milord se prepara á ello con dolorosas penitencias... Veo que ahora se las arregla usted por sí mismo, y que no necesita amigos.

—Sr. Advíncula, ya no los necesito. ¿Sabe usted que mañana me marchó?

—¿Sí? ¿Para dónde?

—Para Malta. Nada tengo que hacer en Cádiz. Vayan al diablo los gaditanos.

—Me alegro. La señora se defiende bien. Su casa es una fortaleza á prueba de galanes. ¿Sabe usted que lo ha hecho por consejo mío?

—¡Picarón!...

—¿De veras que ya no hay nada?

—Nada.

—Es una determinación acertada. Hágase usted católico y le prometo arreglarlo todo.

—Ya es tarde.

Advíncula rió de muy buena gana, y apretando las manos al Lord, ambos frailes se despidieron de él con cariñosas demostraciones.

XXIII

Dos horas después, Lord Gray estaba en el salón de su casa, vestido como de costumbre, después de haber borrado con abundantes abluciones la huella de sus aventuras picarescas.

Vestido al fin con la elegancia y el lujo que le eran comunes, mandó que pusiesen la cena, y en tanto que venían dos personas, á quienes dirigió verbal invitación por conducto de sus criados, paseábase muy agitado en la lar-

ga estancia. A ratos me dirigía algunas palabras, preguntas incongruentes y sin sentido; á ratos se sentaba junto á mí como intentando hablarme, pero sin decir nada.

Como el oro improvisa maravillas en la casa del rico, la mesa (sólo había en ella cuatro cubiertos) ofrecía esplendidez portentosa. Centenares de luces brillaban en dorados candelabros, reflejándose en mil chispas de varios colores sobre los vasos tallados y los vistosos jarrones llenos de flores y frutas. El mismo desorden que allí había, como en todo lo perteneciente á Lord Gray, hacía más deslumbradora la extraña perspectiva del preparado festín.

Al fin, mostrando impaciencia, dijo el inglés:

—Ya no pueden tardar.

—¿Los amigos?

—Son amigos. Dos muchachas.

—¿Las que dan que hacer á la señora Alacrana?

—Araceli—dijo con inquietud,—¿usted oyó el coloquio que conmigo tuvo aquella mujer?... Es una indiscreción. Los buenos amigos cierran los oídos al susurro de lo que no les importa.

—Yo estaba tan cerca, y la señora Alacrana se cuidaba tan poco de la presencia de un extraño, que no pude cerrar los oídos. Mi lord, lo oí todo.

—Pues muy mal, muy mal—afirmó con acritud.—Todo aquél que se jacte de conocer lo que yo quiero ocultar hasta de Dios, es mi enemigo. ¿No he dicho lo mismo otra vez?

—Entonces refiiremos, Lord Gray.

—Refiiremos.

—¿Por tan poca cosa? —dije afectando buen humor, pues no me convenía chocar con él en ocasión tan inoportuna.—Yo soy el más discreto y prudente de los hombres. Usted mismo me ha puesto al corriente de sus aventuras. Vamos, amigo mío, seamos francos. ¿No me dijo usted mismo que pensaba llevársela á Malta?

Lord Gray sonrió.

—Yo no he dicho eso,—murmuró vacilando.

—Usted... usted mismo. Y yo prometí ayudarle en la empresa, á cambio de su auxilio para matar á mi aborrecido rival, Currito Báez.

—Es verdad—dijo riendo.—Bien, amigo mío. Mataremos á Currito y robaremos á la muchacha. En caso de que necesite ayuda, ¿puedo contar con usted?

—Sin duda. Sólo me falta saber para cuándo se dispone el gran golpe.

—¿Qué golpe?

—El del rapto.

Lord Gray meditó largo rato. Sin duda vacilaba en fiarse de mí.

—Para el rapto no necesito de nadie—aseguró al fin.—Necesitaré, sí, para huir de Cádiz, lo cual no es cosa fácil.

—Yo le sacaré á usted del apuro. Sepamos euándo...

—¿Cuándo?

—Para ayudar al amigo necesito pedir licencia con anticipación.

—Es verdad. Pues bien: antes me arrancaré la lengua que revelarle á usted todavía el lugar y la persona...

—Ni yo quiero saberlo: lo que me importa es la hora...

—Es cierto... Bien: repito que ni lugar ni persona los sabrá usted. Diré únicamente...

Sacó un papel, que reconocí como el mismo que le entregara la Alacrana, y añadió:

—Este papel fija día y hora. Será mañana por la noche.

—Basta. Es todo lo que necesito saber. Mañana por la noche.

—Lo demás no lo diré ni á mi sombra. Temo traiciones y emboscadas, y desconfío hasta de mis mejores amigos.

—Ni yo quiero ser indiscreto preguntando... No me importa. Me basta saber que mañana á la noche tengo que venir á Cádiz para ponerme á disposición de un amigo á quien estimo mucho.

Yo pensé que Lord Gray escondería de mis ojos el papel que tan extraños avisos traía para él; pero con gran sorpresa mía, me lo mostró. Era una hoja de un libro, en cuya margen había algunas rayas con lápiz.

—¿Esta es la carta? A fe que no puedo entender lo que dice, ni es fácil conocer el carácter de la escritura.

—Yo lo entiendo bien... Estas rayas se refieren á determinadas letras de los renglones impresos, y con un poco de paciencia se descifra. Pero me parece que sabe usted bastante. Silencio, pues, y no se nombre más este

asunto. Me mortifica, me pone nervioso y colérico el ver que hay alguien que posee una parte de mi secreto. Ahora no pensemos más que en Currito Báez. Amigo, siento deseo irresistible, anhelo profundo de matar á un hombre.

—Yo también.

—¿Cuándo le despachamos?

—Mañana por la noche se lo diré á usted.

—¿Quiere usted que le ejercite un poco en la esgrima?

—Nada más oportuno. Vengan los floretes. Espero adquirir de aquí á mañana tanta destreza como mi maestro.

Empezamos á tirar.

—¡Oh, qué fuerte está usted, amigo!—dijo al recibir una estocada medianilla.

—No estoy mal, no.

—¡Pobre Currito Báez!

—Sí. ¡Pobre Currito! Mañana veremos.

Sonó en la escalera gran estrépito; suspendimos al punto el juego, permaneciendo con los floretes en la mano en actitud observadora, y he aquí que entran metiendo ruido, y cual brazos de mar que todo lo arrollan é inundan delante de sí, dos mozas de lo mejor que puede criar Andalucía. ¿Las conocéis? Eran María Encarnación, llamada la Churriana, y Pepilla la Poenca, á quien nombraban así por ser sobrina del Sr. Poenco.

—¡Endinotel!—exclamó una corriendo ligerísima hacia mi amigo.—¿Cómo tanto tiempo sin verte? ¿No sabías que esta probe se estaba muriendo?

—Miloro está encalabrinao por aquí dentro, y ya no quiere nada con la gente de la Viña.

—Amable canalla—dijo el inglés,—sentaos. Sentaos y cenemos.

Los cuatro tomamos asiento, y no pasó después nada digno de contarse, por lo cual me abstengo de quitar espacio y atención á asuntos de mayor importancia.

XXIV

D. Diego de Rumblar fué á despertarme á mi alojamiento en la tarde del siguiente día. No habiendo podido dormir en la noche, había yo pasado en calenturientos sueños parte del día, y me hallaba al despertar afectado de gran postración. Mi alma, llena de tristeza, se abatía, incapaz del menor vuelo; y encontrándose inferior á sí misma, hasta parecía perder aquella antigua pena que le producían sus propias faltas, y se adormecía en torpe indiferencia. Tolerante con los errores, con los extravíos, con el vicio mismo, iba degradándose de hora en hora. D. Diego me dijo:

—Te participo que el sábado de esta semana tendrán lugar en casa dos acontecimientos. Yo me caso, y mi hermana entrará de novicia en las Capuchinas de Cádiz.

—Lo celebro.

—Ya he perdido aquellos escrúpulos, hijos de una delicadeza excesiva y ridícula. Mi ma-